

LA CALLE DE LA ALEGRÍA

Alejandro Sueiras Hernández

Sobre el asfalto parecían haber desaparecido para siempre las huellas del invierno, y toda la amplia calle, con sus bien surtidos comercios y sus deslumbrantes escaparates y destellantes anuncios holográficos, estaba por aquellas fechas repleta de ávidos clientes deseosos de gastar en las rebajas y de hacer realidad los que creen que son sus sueños. Yo sin embargo sentía una extraña incomodidad y desasosiego ante todo lo que veía, y casi me molestaba verla a ella tan emocionada y completamente absorbida por los últimos aparatos y novedades. Pensé seriamente: “¿Realmente la quiero?”.

Entonces sonó de repente la alarma de mi estabilizador emocional, que como todos llevo conectado al sistema nervioso en el antebrazo, y me recriminó molesta:

—Por dios Emi, ¿incluso aquí tienes que estar dándole a la cabeza?

La alarma y su reproche me hicieron sentir culpable. Era una tarde feliz y somos de ese porcentaje de la sociedad próspero que puede permitirse unos días de vacaciones para hacer compras y cumplir con el deber ritual del consumo; para entrar en comunión con el sistema y formar así parte integral de la comunidad. “Sin duda he sido inoportuno, pero necesito comprobarlo”, pensé con inquietud antes de contestarle:

—Lo siento cariño, ha sido un descuido. Olvidé tomar la píldora esta mañana.

Mis disculpas y excusas sin embargo no parecieron satisfacer su disgusto y me soltó la mano alejándose de mí. Temí entonces haberle estropeado la tarde y por un momento me sentí profundamente confuso y desorientado. “¿Qué

haré si por mis continuas dudas e incertidumbres deja de desearme y me abandona?”, empecé a pensar perdido entre la multitud con la angustia insoportable de imaginarme de nuevo solo mientras se procesaba mi respuesta.

“SÍ, LA QUIERES”, apareció al fin escrito en la pequeña pantalla de mi muñeca.

“Buff, menos mal”, pensé finalmente aliviado. Si lo decían mis sensores neurales, sin duda debían tener razón.